

PRÓXIMA ESTACIÓN: CONSPIRACIÓN

Jorge Urreta

1. UN LOCO EN LAS VÍAS DEL TREN

—¿Qué tal la familia? —preguntó el distraído revisor como tantas veces antes—. Hacía ya tiempo que no te veía...

—Nada nuevo bajo el Sol, mi sargento —respondió Marcos en su habitual y jocosa manera—. Todo sigue como siempre; lo único que lamento es que aún quedan muchas horas de este jodido lunes.

Y de verdad todo parecía normal, como cualquier otro comienzo de semana. Nada que contar, salvo la borrachera del fin de semana, y otra por delante en la que previsiblemente no ocurriría nada reseñable.

—Otro jodido lunes en el tren —dijo Marcos con voz apagada mientras dejaba escapar un pequeño suspiro—. Me pongo malo solo de pensar que me esperan unos días por delante hasta la próxima juerga.

—¿Qué coño es eso? —Preguntó el revisor con una marcada expresión de sorpresa en su cara.

Marcos no dijo nada, pero ante sus anonadados ojos se dibujaba lo que parecía ser la silueta de un hombre que corría hacia ellos mientras lanzaba piedras, una tras otra, sin demasiada puntería. No era la primera vez que veía algo correr hacia su tren, generalmente algún que otro animal despistado, pero por primera vez era una persona. Y, además, esa persona les estaba atacando. En sus cinco años de conductor de trenes en la zona de Orio, pequeño pueblo al norte de Guipúzcoa, nunca había visto algo así, pero estaba seguro de lo que debía hacer: agarrar el freno de emergencia como si le fuese la vida en ello.

Mientras Antonio, el revisor, usaba su teléfono móvil para avisar al servicio de seguridad de la estación más cercana, Marcos tiró del freno tan pronto como le fue posible reaccionar, aunque a la postre no fue realmente necesario. Cuando todavía quedaban unos cinco metros para la tragedia, el misterioso corredor se apartó lo suficiente para alejarse del tren sin ningún roce, y prosiguió su frenética carrera en dirección opuesta a este.

Pese a que el posible peligro ya se había alejado, Marcos no fue capaz de reaccionar más rápido que el freno y el tren se detuvo de golpe, de una manera tan brusca que varios de los pasajeros salieron despedidos hacia delante por la fuerza de la inercia. Unos pocos, los más afortunados, tuvieron la suerte de caer en los brazos de esa mujer u hombre tan atractivos que tenían enfrente, pero otros tantos más desgraciados dieron con sus huesos en el suelo, además de recibir algún que otro golpe. No fueron muchos los heridos o contusionados, pero hubo cerca de una decena que seguramente tendrían que ser atendidos en un hospital por pequeñas roturas o luxaciones.

El jefe de estación de Orio movilizó, en poco menos de quince minutos, a todo el personal que tenía disponible y puso también al corriente tanto al jefe de estación del pueblo más próximo, la vecina localidad de Usurbil, como a la Ertzaintza, que mandó de inmediato una patrulla a la zona. Debido a lo fugaz del incidente, no disponían de más prueba que una muy vaga descripción del misterioso corredor, pero si actuaban rápido, no podía ser muy difícil detener a un tipo que estaba corriendo como un poseso

por las vías del tren. Cierto era también que estaban en campo abierto y podía ya haber escapado atravesando alguna huerta o campo cercano, pero confiaban en poder darle alcance. Era un tipo peligroso, que lejos de haber hecho una simple locura, había puesto en peligro a mucha gente, y no podían permitir que escapase como si nada.

La búsqueda duró otros quince minutos, el tiempo que la Ertzaintza tardó en localizar a un hombre que respondía perfectamente a la descripción que el revisor había facilitado. Podía no ser la misma persona, pero no había lugar a dudas: tenía los zapatos llenos de barro —la noche anterior había llovido bastante en la zona— y llevaba la ropa poblada por varias manchas de verdín que solo podían corresponder a alguien que hubiese corrido sin control por la hierba fresca. No en vano, habían transcurrido ya cerca de dos semanas de primavera ese año, y todos los campos cercanos comenzaban a mostrar los más intensos tonos de verde. Las dudas de los agentes quedaron totalmente despejadas cuando descubrieron que el tipo que habían detenido no dejaba de gritar «Sí, ¡he sido yo!» y «Sí, ¡lo he hecho!», al tiempo que intentaba —sin éxito— reprimir una risa histérica que, como uno de los hertzainas afirmarían después, «ponía la carne de gallina».

El detenido resultó ser un vecino de Bilbao, de nombre Gorka Zillarreta, quien tras su emocionada y espontánea confesión, parecía negarse a hablar.

Tras la consabida toma de datos del detenido, especialmente ardua a causa de su repentina parquedad en palabras, fue conducido a una pequeña celda, donde deberían esperar la llegada de su abogado. A pesar de su insistencia, los policías no fueron capaces de sacarle ninguna palabra, cosa que atribuyeron a un especial exceso de celo. Como ya había llegado la hora de la comida, le acercaron un bocadillo de tortilla de patatas de la cafetería de la esquina y se limitaron a esperar a que decidiese hablar o llegase su abogado, lo que primero ocurriese.

Este llegó en poco tiempo, pero ni él ni la policía lograron arrancarle una sola palabra más. Se quedó en estado catatónico y no volvió a pronunciar nada inteligible. En un par de días, y tras pasar por delante del juez y los preceptivos exámenes psiquiátricos, fue oficialmente catalogado como mentalmente inestable y se decretó su internamiento en un hospital psiquiátrico, del que no debería salir en menos de un año. Incluso su familia trató de hacerle reaccionar por todos los medios posibles, pero nadie, médico o no, lograría hacer que Gorka Zillarreta volviera a ser el que era.

El caso quedó archivado en poco tiempo y nadie se planteaba ya iniciar ningún tipo de investigación, pero algo había cambiado esos días en la vida de Marcos Labairu, hasta entonces simple maquinista de tren. Había algo en toda esa historia que no terminaba de convencerle y, llevado por su gran curiosidad, quiso saber más. Se hizo pasar por amigo de Zillarreta y, sin demasiadas dificultades, logró hablar con sus médicos, aunque nunca le dijeron dónde estaba ingresado ni le dejaron visitarle. Los médicos estaban tan desconcertados con su extraño estado, que se mostraban dispuestos a aceptar cualquier ayuda que pudieran tener, viniera de quien viniera, aunque Marcos solo podía preguntar y no aportó nada nuevo.

La vida siguió su curso. Marcos se limitó a sus quehaceres diarios, aunque no dejó de pensar en

ningún momento en lo sucedido. Todo hubiera continuado así y en algún momento incluso habría llegado a olvidarlo, de no ser porque un día, cinco meses después, dio con una noticia que le puso los pelos de punta. Era pequeña y estaba escondida en la sección internacional del periódico, pero lo que decía fue lo que le dejó de piedra: hablaba de un extraño suceso acontecido en un pequeño pueblo francés. Por lo visto, un hombre había empezado por su cuenta una campaña de destrucción en contra de todos los restaurantes de la cadena McDonald's con los que había dado, hasta ser detenido por la policía. Durante el tiempo que duró su acceso de loca destrucción, unas dos horas y media, el hombre llegó a causar graves destrozos en seis restaurantes, entre los que estaban el de su pueblo y los situados en varios de los alrededores. Según el periódico, lo que más extrañaba a la policía era que el hombre llevara a cabo los destrozos sin decir una sola palabra y que se hubiera quedado en un extraño estado catatónico nada más ser detenido.

Ese era el tipo de noticia al que Marcos no hubiera hecho demasiado caso en cualquier otra circunstancia, si no fuera porque podía haber sido protagonizada perfectamente por Gorka Zillarreta. Las coincidencias eran demasiadas para ser todo una simple casualidad, y parecía el único que se había dado cuenta de ello. Durante dos días, compró todos los periódicos que conocía y vio hasta los telediarios de madrugada, pero en ningún medio de comunicación encontró información adicional ni a alguien que relacionara ambos casos.

La constatación de esa «verdad», le llevó a ejercer de improvisado detective, y empezó a buscar información en Internet. Buscó noticias similares a las que ya conocía, fuera donde fuera. Empezó esa labor como una simple prueba, sin esperar encontrar nada concluyente, pero no tardó en dar con otros diez casos extrañamente similares. Ninguno estaba relacionado con trenes como el suyo, pero todos tenían en común la locura injustificada de alguien que había intentado destruir algo. En todos los casos, el culpable se había quedado impasible y se había negado a declarar nada más tras ser detenido por la policía, así que todo encajaba. Imprimió los textos de las noticias encontradas, motivado por la idea de llevarlas a una comisaría de policía y hacer que alguien le escuchara. Sabía que podían tomarle por loco y no hacerle ningún caso, pero también confiaba en que la acumulación de pruebas —diez noticias distintas, pero a la vez tan similares, parecían suficientes— obrara a su favor y que la gente con la que hablara considerase también que era demasiado para tratarse de una simple coincidencia. Con esa idea en su cabeza, y confiando plenamente en su labia y su poder de convicción, se dirigió a una comisaría de la policía nacional, donde no llegó a estar ni cinco minutos. La lógica le decía que estando en Euskadi debería recurrir a la Ertzaintza, pero teniendo en cuenta lo rápidamente que habían descartado el caso del tren de Orio y encerrado al culpable en un psiquiátrico sin desvelar, ni se lo había planteado. Quizá otro cuerpo policial aportase un punto de vista distinto.

2. BUSCANDO ALIADOS

El hombre que le atendió se portó como si estuviera ante el pirado de la semana y no le hizo el más mínimo caso. En más de una ocasión, llegó incluso a burlarse de lo que decía e hizo unos cuantos chistes sobre el tema. Accedió a recoger las pruebas que aportaba y le aseguró que iniciaría una investigación lo antes posible, aunque su afirmación no sonó ni muy segura ni demasiado sincera. Marcos se fue de allí en cuanto vio claro que no iban a ayudarlo. Supuso que siempre podría ir a otra comisaría e intentarlo de nuevo, o incluso hacerlo público por otros medios. Quedaba la posibilidad de enviar lo que había recopilado a algún periódico o hasta publicarlo en Internet. Su primo Ekaitz era un gran aficionado a los ordenadores, y estaba seguro de que podría ayudarlo a difundir sus ideas por la red.

Estaba ya cerca de un semáforo, a punto de cruzar la carretera, cuando notó una mano en su hombro izquierdo. Se giró y vio que quien le abordaba era un tipo que había visto en la comisaría. No sabía si era un policía, un periodista que estaba allí por casualidad o un ratero que quería su cartera, así que se quedó quieto sin decir nada, esperando que él hablara primero.

—Disculpe —dijo el desconocido—, pero no he podido evitar oír lo que le decía al agente que le ha atendido en la comisaría. Deje que me presente: me llamo Xabier García y soy inspector de policía. Seguí el caso de Zillarreta y a mí tampoco me convence la versión de la locura transitoria. Si viene usted a decir que se están dando más casos extraños como ese, estoy dispuesto a considerarlo. Hace tiempo que busco un caso que me dé un ascenso que merezco, y el que usted propone podría ser el indicado. ¿Podría ver esas pruebas que decía que tenía? No puedo prometerle dedicación exclusiva, pero sí echarle una mano en mis ratos libres si el caso resulta ser tan interesante y grave como usted lo pinta.

—Pues me temo que eso no va a ser posible —respondió Marcos, que sentía una inusitada ilusión—. Le he dado todo lo que tenía a su compañero. Podría buscarlo otra vez, pero tardaría un poco.

—Bien, no importa —dijo el inspector García—. No sé si mis compañeros tendrán intención de hacer caso de esas pruebas o, como imagino, acabarán en la basura, pero trataré de hacerme con ellas. Si me da su número de teléfono, en cuanto sepa algo yo mismo me encargaré de llamarle y ponerle al día.

Después de que Marcos le diera el número de teléfono, los dos hombres se despidieron con un apretón de manos y García entró de nuevo en la comisaría. Marcos se fue sin más a casa, ya que al día siguiente le tocaba trabajar a primera hora de la mañana. Durante toda la semana estaría en turno de 8:00 a 15:00, lo que le dejaba las tardes completamente libres.

García entró en la comisaría y se fue directamente a la mesa en la que su compañero había atendido a Marcos. Haciendo como que quería reírse con el mismo chiste que sus compañeros, consiguió que le dieran los papeles, que, como él ya imaginaba, estaban destinados a acabar en cualquier papelera. De hecho, los demás le confesaron que ni los habían mirado ni tenían intención de hacerlo. Estaban seguros de que Marcos no era más que otro de esos locos que se aburren en casa y gustan de ir a

cualquier sitio donde haya alguien que les pueda escuchar. Mientras le explicaban todo esto, se reían con él y le pedían que se encargase de deshacerse de los papeles cuando acabara de leerlos, por si se autodestruían en cinco segundos como en las viejas películas de espías.

Mientras Marcos estaba en casa cenando, al tiempo que veía una película, García se encontraba bastante ocupado. Estaba sentado frente a su ordenador particular, junto a los papeles, un bocadillo de jamón y un vaso de agua fría. Iba ojeando el material mientras contrastaba toda la información en Internet, además de buscar él mismo sus propias pruebas. Al principio, se lo había tomado con mucha calma y aún más escepticismo, pero después de la tercera noticia casi calcada de las anteriores, había empezado a sospechar. Por esa precisa razón, estaba empezando a buscar más noticias similares que Marcos no hubiera encontrado todavía. La principal consecuencia de todo esto fue una noche sin dormir, pegado a Google, y unas ojeras más grandes que las orejas de «Dumbo». Al día siguiente, fue a trabajar como un muerto viviente, pero contento por haber conseguido su objetivo. Llevaba consigo una carpeta llena de las noticias que había sacado de Internet, que parecían corroborar, punto por punto, lo que Marcos había señalado. No estaba seguro de querer hacerlo, por aquello de las risas a su costa, pero estaba decidido a llevar las pruebas a su jefe y tratar de conseguir que asignara a alguien al caso.

—Jefe, ¿tiene un momento? —dijo García mientras golpeaba la puerta del despacho del comisario Menéndez.

—Adelante, García, pase —respondió el comisario—. ¿Tiene algún problema?

—No, tranquilo, no es ningún problema —dijo García al tiempo que se sentaba—, pero sí algo que puede resultar muy interesante. Supongo que le habrán hablado de un hombre que vino ayer con un montón de pruebas de un supuesto caso que debíamos investigar.

—Sí, algo me han contado sobre él y las estrambóticas «pruebas» que trajo —dijo el comisario con una sonrisa—. ¿Hay algún problema con él? ¿Acaso cree que podría ser peligroso? Según lo que me han contado, parecía un tipo bastante inofensivo.

—No, puede estar tranquilo, jefe, ese hombre parece que no haya matado a una simple mosca en su vida. De hecho, me parece bastante cuerdo y respetable.

García dedicó los siguientes diez minutos a explicar con todo lujo de detalle lo que había hecho durante la noche, los datos recopilados, y lo que Marcos ya les había presentado en aquellos papeles destinados a la basura. Su jefe no dejó en ningún momento de mostrar en su rostro una mueca de desaprobación y desagrado.

—García —dijo el comisario mientras trataba de aguantar la risa—, creí que era usted un policía más experimentado. ¿Cuántos años lleva en el cuerpo? ¿Quince?

—Diecisiete.

—Pues a estas alturas no entiendo cómo puede usted dejarse engañar como si fuera un novato recién salido de la academia.

—Sé que esto parece una tontería, pero creo que ese hombre ha descubierto algo. No creo que le dé por investigarlo por su cuenta, pero todo podría pasar. Y estoy seguro de que a ninguno de nosotros

nos hará gracia cuando esta historia aparezca en las noticias y la opinión pública se entere de que pasó por delante de nosotros y la ignoramos.

—Me gusta mucho su vehemencia, pero no puedo autorizar que ninguno de mis hombres dedique ni un minuto a investigar algo que probablemente haya salido de Internet, igual que estos papeles que dice que ha encontrado usted. Tenemos muchos casos abiertos que son más importantes.

—¿Es esa su última palabra?

—Sí.

—Bien, entonces como aún se me debe un mes de vacaciones del año pasado, que no pude coger por el caso del violador y los turnos dobles, ¿le importa si me lo tomo ahora junto con el mes que me corresponde este año?

—Recuerdo que se le deben esas vacaciones y que se las iba a tomar más tarde o más temprano, y sé que cuando a un policía tan cabezón como usted se le mete en la cabeza investigar algo, lo hace, y no seré yo quien se lo impida; es más, me lavo las manos en este asunto. Pero le voy a advertir una cosa: en cuanto meta la pata lo más mínimo, deje en mal lugar a este cuerpo, o cometa el más pequeño delito en la investigación, yo mismo le detendré y le meteré en el calabozo. ¿Estamos? Bastantes problemas y discusiones tenemos aquí por las competencias, como para que un agente de vacaciones encienda de nuevo el debate.

—Estamos —respondió García, que ya había empezado a caminar hacia la salida, antes incluso de la arenga final de su jefe.

Al tiempo que se producía la animada conversación entre García y su jefe, Marcos intentaba trabajar sin volverse demasiado loco. Desde su reciente conversación con García, no había vuelto a ser el mismo. Por lo general, era un hombre bastante tranquilo que no se dejaba dominar por sus nervios, pero llevaba ya dos días que apenas comía y en los que dormir a pierna suelta había pasado a ser cosa de otros tiempos. Sabía que lo que creía haber descubierto no iba en realidad con él y que, incluso en el caso de ser cierto, ni García ni nadie dejarían que un simple conductor de tren se implicara.

En tal situación, no pudo evitar que, cuando su teléfono móvil empezó a sonar y vio que la llamada era de un número desconocido, tal vez el del inspector García, el café de máquina que estaba tomando fuera a parar a la camisa de su compañero Iñaki. Mientras este refunfuñaba sin parar y se acordaba de todos sus familiares, vivos y muertos, Marcos trataba de acertar a descolgar el teléfono, tarea de repente hartamente compleja.

García había pasado los últimos minutos tratando de quitar de su cabeza el aparente desprecio de su jefe, y eso llevó a que se mostrara especialmente animado durante la conversación. Como con el comisario, explicó todos sus hallazgos a Marcos, y este no tardó en compartir su entusiasmo. Como Marcos estaba a punto de comenzar su último trayecto del día, que finalizaría en San Sebastián a las 14:30, quedaron en los aledaños de la estación a las 15:00, hora en la que Marcos salía esos días, tras cambiarse de ropa y presentar informe de incidencias, si las había. En su precipitada ilusión, García incluso se ofreció a pagar la comida.

Marcos cumplió con su último trayecto todavía nervioso, pero no tanto como a primera hora de la mañana. Tenía motivos para estar más intranquilo —no en vano, sus sospechas parecían ser más ciertas de lo imaginado— y saber que un policía, nada menos que un inspector, creía en él, era motivo más que sobrado para relajarse.

Los nervios surgieron de nuevo en cuanto bajó del tren y saludó a su compañero Mikel, el cual se quedó asombrado de que pasara como una exhalación y sin saludar. A esas alturas, ya no pensaba en nada más que en salir de allí y saber más en detalle qué era lo que García había encontrado. Era como si creyera que el tiempo iba a correr más rápido porque él lo hiciera. Por regla general, en el tiempo que transcurría entre su último trayecto y el momento en que abandonaba la estación, tenía que hablar con el jefe de esta, reportar cualquier incidente que se hubiera producido durante la mañana y echar unas firmas. Eran tareas que, salvo en días contados, se podían llevar a cabo en menos de un cuarto de hora, pero Marcos, de naturaleza especialmente afable, siempre acababa saliendo más tarde de las 15:00, por quedarse hablando con alguien. Ese fue el primer día en años en que sus compañeros le vieron salir antes de esa hora. No solo fue que apenas hablara con nadie, sino que todo el mundo se quedó con la sensación de que rehuía las conversaciones.

Al final, después de tantas prisas y esquivar a gente, se encontró en la calle a las 14:45. Mató el tiempo dando vueltas por los alrededores, sin alejarse demasiado y llenando su cabeza de pensamientos banales, aunque su cerebro se empeñaba en imaginar mil historias y posibilidades sobre lo que el inspector García habría descubierto. Dentro de sus pensamientos absurdos, llegó incluso a arrepentirse de haber dejado de fumar cinco años atrás, convencido de que un cigarrillo sería un buen entretenimiento para el cuarto de hora de espera que aún tenía por delante y que, muy a su pesar, se iba a ver incrementado en diez minutos más.

García apareció en un momento en que Marcos creía haber estado esperando una hora, y cuando ya pensaba que no iba a aparecer. Sonreía mientras se le acercaba, y él se volvió loco al ver eso.

—¿Qué, acaso son estas horas de llegar? —dijo Marcos señalando su reloj con grandes aspavientos—. Ya pensaba que no ibas a aparecer.

—Tranquilo hombre, que solo han sido diez minutos —acertó a decir García, que salió como buenamente pudo al paso de los gruñidos de Marcos—. Lo siento, pero es que hoy hemos tenido una mañana dura en la comisaría.

—¿Solo diez minutos? —dijo Marcos mientras apartaba la mano para poder ver su reloj—. Pues entonces, discúlpame tú a mí, que me he pasado un poquito. Creo que tenía tantas ganas de que llegaras que he acabado perdiendo la noción del tiempo.

—No importa. Sígueme, te invito a comer en un sitio con un buen aire acondicionado y una mejor comida. Mientras comemos, te contaré de qué va todo esto y por qué quería verte tan pronto.

—Pues vamos entonces. Tú diriges.

García hizo señas a Marcos para que le acompañara a su coche, donde le reveló que su idea era ir a comer a Bilbao, al restaurante que un amigo suyo tenía cerca del museo *Guggenheim*. Marcos se asustó

ante la perspectiva de tener que esperar una hora para dormir, pero García se esforzó en quitarle esa idea de la cabeza, al recordarle que era policía y que los límites de velocidad no iban con él. Incluso se ofreció a poner la sirena para que nada les impidiera llegar en poco tiempo, lo que al final sirvió para que alcanzaran su destino en poco más de cuarenta y cinco minutos. Ninguno de los dos esperaba que les dieran mucho de comer, salvo, tal y como pensó Marcos, que el restaurante del amigo de García fuera de comida rápida. Por suerte para él, era un sitio elegante, muy alejado de hamburgueserías, pizzerías y sitios similares.

Mientras Marcos se sentaba en una mesa del local, el inspector García se dirigió a la barra, donde cruzó unas pocas palabras con una camarera, que entró en la cocina y salió unos minutos más tarde con un hombre moreno y bajito, que inmediatamente se abrazó al inspector. Estaba claro que era el dueño. Los dos hombres charlaron animadamente durante unos minutos y se dirigieron a la mesa.

—Más lejos imposible, ¿no? —dijo el tipo bajito en cuanto él y García llegaron.

—Aquí, mi amigo el chistosillo es Mateo Soto, el dueño de todo esto —dijo García dirigiéndose a Marcos, tras lo que se giró de nuevo hacia su amigo—. Este es Marcos, el socio con el que te he dicho que tenía que tratar unos asuntos.

—Encantado —dijeron al unísono Soto y Marcos, al tiempo que este último se levantaba y ambos se daban un firme apretón de manos.

—Espero que sea de verdad un asunto importante —dijo Soto sonriendo—, que por vuestra culpa voy a tener que pagarles una hora extra a mi cocinero y a una de mis camareras. Ya que venía uno de mis mejores amigos no os iba a servir sobras recalentadas. De todas maneras, no esperéis milagros. A estas horas siempre se nos han acabado muchos platos de la carta, así que no vais a poder escoger cualquier cosa. Os he preparado una carta reducida con lo que aún queda. Ahora mismo aviso a vuestra camarera para que venga a atenderos. Tratadla bien, no sea que me vaya a pedir también un plus de peligrosidad o algo así.

El dueño se retiró y volvió varios minutos después con dos cartas hechas a mano. No tardaron mucho en revisarlas, habida cuenta de que habían sido escritas por alguien con tendencia a engordar mucho las letras. El espacio que en circunstancias normales hubiera sido más que suficiente para unos veinte platos, en esa ocasión solo mostraba una escasa oferta, que no parecía llegar ni a una docena. Quedaba algún que otro plato que podría considerarse «especial», pero nada fuera de lo común. Estaba claro que eran solo los platos más normales, los que menos gente había querido comer.

Dieron buena cuenta del primer plato, a tal velocidad que apenas hablaron, ni siquiera del tiempo o temas igualmente intrascendentes. Para cuando quisieron darse cuenta, la camarera ya les había retirado los primeros y estaba sirviendo los segundos. En principio, Marcos había planeado dejar que fuera García quien tomara la iniciativa en la conversación, pero tardó pocos segundos en olvidarse.

—Bien, ya hemos terminado con el primer plato y seguimos callados. ¿Ha llegado el momento de empezar a hablar del caso?

—Veo que tienes ganas, y no te culpo. No quiero parecer frío, pero he de reconocer que a veces

me tomo el trabajo policial con demasiada calma. No te lo tomes a mal, es solo que casi veinte años en la policía acaban con el entusiasmo de cualquiera. Tu ímpetu me recuerda mucho a mí mismo cuando empecé en el cuerpo.

—Muy bonito el inciso nostálgico, pero... ¿podrías empezar ya? Estoy empezando a ponerme nervioso con tanto misterio.

—Vale, perdona, a veces se me va un poco la pelota. Deja que saque mis papeles y empezamos.

García echó mano de un maletín que había dejado junto a una de las patas de la mesa y lo colocó en un lateral de la misma. Lo abrió y sacó un montón de papeles, entre los que se encontraban los que Marcos había llevado a la comisaría, en varias carpetas.

En la primera, reposaban los papeles que el propio Marcos había llevado a la comisaría, mientras que en las otras estaban los que él había recopilado durante la noche, y el motivo de sus grandes ojeras.

Explicó que había dado con un número significativo de casos, demasiado parecidos para ser simples casualidades. Ninguno, salvo el que ya conocían de antemano, estaba relacionado con trenes, por lo que creía que podían descartar la conspiración o el sabotaje ferroviario. Todos tenían que ver con destrucción de propiedad pública y en todos los casos el culpable había sido detenido sin que opusiera resistencia, aunque sus testimonios eran tan inútiles como inexistentes.

Marcos cogió una carpeta y mientras con una mano se afanaba en comer el segundo plato —no era algo que se debiera comer frío—, con la otra revisaba el contenido. No resultaba fácil seguir los documentos, que no eran más que noticias inconexas impresas directamente de las páginas de varios periódicos digitales. Con un gran poder de concentración, fue capaz de abstraerse de los detalles más nimios y centrarse en el meollo de la cuestión, que no era otra cosa que ver si realmente había algún tipo de relación entre todas esas noticias.

Y vaya si la había. Pese a las distintas localizaciones, destrozos y protagonistas, en todos los casos los perpetradores manifestaron idéntico comportamiento, agresivo al principio y desorientado y errático inmediatamente después. Todos terminaron en hospitales psiquiátricos, mudos e idos, como si fueran cuerpos sin un cerebro o un «alma» para gobernarlos. No necesitó demasiado tiempo para darse cuenta de que no hacía falta profundizar más en ese tema.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Marcos tras cerrar la carpeta.

—Deduzco que has visto lo mismo que yo —respondió García, que hasta ese momento se había mantenido concentrado en una buena ración de costillas de cerdo asadas—, así que no hace falta que nos entretengamos. El siguiente paso me concierne a mí: la idea es hablar con un viejo amigo que tengo en la Interpol, para que me diga todo lo que sepa sobre los casos que he encontrado. Me debe un gran favor desde hace bastantes años y creo que ha llegado el momento de que se lo cobre. Con suerte, tendré una buena base desde la que partir.

—Querrás decir que tendremos de qué partir.

—Vamos a ver, chaval —dijo García con tono claramente irónico—: ¿tú te has creído que estamos en una teleserie policíaca barata? No creerás que vas a hacer de detective por un día conmigo, ¿verdad?

Te agradezco tu colaboración para iniciar el caso, y no voy a negar que podría suponer un hito en mi carrera, pero no tienes la experiencia o los conocimientos necesarios para el trabajo policial, y cualquier actuación tuya podría echar por tierra todos nuestros esfuerzos o anular pruebas o detenciones. Espero que lo entiendas.

—Y espero que tú entenderás que no voy a dejarlo, y menos ahora que he visto que mis sospechas no eran infundadas. Además de eso, ¿cuántas veces un tipo como yo tiene la oportunidad de hacer algo que le saque de su rutina? Últimamente, para mí cambiar de rutina significa cambiar de marca de papel higiénico en el supermercado.

—Vale, supongamos que te dejara hacerlo. ¿Serías mi unidad móvil o el corresponsal sobre raíles? Sabes tan bien como yo que un trabajo a turnos como el tuyo te impediría implicarte lo suficiente, y con toda probabilidad acabarías siendo un lastre en la investigación.

» Puedes estar seguro de que con lo lenta que es la justicia en este país, no te serviría con pedir unas simples vacaciones. Yo tenía aún pendientes las vacaciones del año pasado y las he juntado con las de este para poder tener dedicación exclusiva. ¿Sabes una cosa? Incluso con dos meses de vacaciones, me temo que andaré muy justo.

—¿Y qué pasará si en esos dos meses no fuera posible resolver el caso? ¿Los papeles a un cajón y ya está?

—No necesariamente. Si en ese tiempo consiguiera avanzar lo suficiente y conseguir unas cuantas pruebas sólidas, el comisario no tardaría en autorizar una investigación oficial.

—Pues me da igual lo que digas. Yo también tengo vacaciones; en mi caso solo un mes, pero tengo intención de pasarlas investigando, con tu ayuda o sin ella. Por supuesto que no sé por dónde empezar ni cómo se saca adelante una investigación policial, pero no tengo la más mínima intención de dedicar mis vacaciones a la misma mierda de siempre.

» Lo malo de ser soltero es que cuando llegan las vacaciones, o tienes una gran suerte y la mayoría de tus amigos son también solteros, o te vas de vacaciones con tus padres. Estoy harto de acabar casi siempre en un pueblo perdido de la España profunda, donde el mayor acontecimiento del verano es la matanza del cerdo. Solo será un mes, después tendrás otro más para estar a tu rollo.

» Yo no soy experto en trabajo policial, pero trabajo es trabajo, en la policía y en una tienda de artículos de broma, y sé que no es lo mismo el trabajo de una persona en dos meses que el de dos. Siempre me puedes utilizar para interrogar a gente que no suponga un peligro, o únicamente para buscar cosas en Internet. Mi primo me llama Google.

—Insistencia no te falta, eso seguro. Te daré una oportunidad, pero, de todos modos, te voy a decir una cosa: a la primera ocasión en que te entrometas, o la pifies con cualquier prueba, te mando a tu casa de una patada en el culo y me encargo de que todos mis amigos en la policía te vigilen día y noche. ¿Entendido?

—Entendido, me parece justo.

—Pues ahora que estamos de acuerdo, mejor si acabamos con el segundo plato, que se nos va a

quedar esto más frío que el Polo Norte. Además, tengo ganas de llegar al postre, que he visto que aún les queda arroz con leche, y aquí lo hacen mejor que el de mi abuela, que es mucho decir.

Comieron lo que aún quedaba sin decir nada importante, limitándose a hablar del tiempo, la última jornada de la liga de fútbol o la última película que habían ido a ver al cine. En poco más de un cuarto de hora, habían dado ya buena cuenta de sus segundos platos y de dos tazones a rebosar de arroz con leche. Y en otra media hora, estaban ya en el coche de García, encaminándose hacia la autopista, de vuelta a San Sebastián

—Entonces, ¿en qué queda la cosa? —preguntó Marcos, rompiendo un silencio que había empezado a ser muy incómodo.

—Mañana mismo trataré de ponerme en contacto con mi amigo de la Interpol, pero no esperes resultados meteóricos ni nada parecido. Mi amigo tiene siempre bastante trabajo más urgente e importante que devolver favores; no podemos esperar ni exigirle dedicación absoluta o que se ponga a ello de forma inmediata. Con suerte, y digo mucha suerte, tal vez tengamos algo para empezar a trabajar en una semana o semana y media.

—Bien, yo solo quería saber para cuándo debía pedirle las vacaciones a mi jefe. Si se lo digo con una semana de antelación probablemente no me ponga demasiadas pegas. Llevo bastantes años en esto y si le digo que estoy muy cansado o que aún no me he recuperado del susto del incidente de Orio, me tomará en serio. No hay nada que asuste más en una empresa ferroviaria que un maquinista con nervios. Procuraré no pasarme, no sea que quiera que me vaya a un psicólogo, o algo peor, y todo irá bien.

»Esto haré: mañana hablaré con mi supervisor y le preguntaré si hay algún problema en que coja mis vacaciones desde la semana que viene. Diga lo que diga, tanto si es bueno o malo, te llamaré al móvil para que sepas a qué atenerte. ¿Qué me dices?

—Me parece bien. De hecho, si quieres puedo esperar a tu llamada para llamar yo a mi contacto en la Interpol. De todas maneras, si te dicen que no vas a poder coger las vacaciones hasta dentro de un mes, debes entender que no te esperaré. Yo no puedo perder un mes.

—Lo entiendo. De todos modos, no creo que me pongan pegas. Si quieres, puedes llamar hoy mismo.

Esa noche, mientras Marcos trataba de conciliar el sueño, García estaba aún despierto rebuscando entre agendas telefónicas y papeles que hacía años que no usaba, a la caza del teléfono de su amigo de la Interpol, Gerardo Llanada. Había prometido llamarle, pero todavía no sabía cómo abordarle. También había omitido un pequeño detalle cuando hablaba con Marcos: aquel agente de la Interpol no era exactamente un viejo amigo, sino un tipo con el que había trabajado un par de veces, aunque nunca se habían tenido mucho aprecio mutuo. Tenía a su favor que, técnicamente, una decisión suya salvó milagrosamente la vida a Llanada, lo que en principio le daba cierta ventaja.

A la mañana siguiente, García cogió el teléfono nada más levantarse de la cama, antes de tener tiempo de cambiar de opinión. Eran las 9:00 y supuso que Llanada estaría ya sentado en su escritorio, revisando datos de algún nuevo caso o jugando al solitario de Windows. Era un gran experto en

tratamiento de datos, y su labor solía centrarse en la búsqueda y contraste de los mismos en las bases de datos de la policía, lo que hacía que la mayor parte de su trabajo se realizara desde su mesa en la sede de la Interpol en Madrid y casi nunca realizara trabajo de campo.

—Interpol Madrid, buenos días —dijo la voz al otro lado del teléfono—. ¿En qué puedo servirle?

—Quisiera hablar con el agente Llanada, por favor.

—¿Quién le digo que quiere hablar con él?

—Dígale que soy el inspector Xabier García, de San Sebastián. Él me conoce.

—De acuerdo, inspector, enseguida le paso con el agente Llanada.

—Gracias.

El silencio de la operadora dio paso al hilo musical, en forma de versión de los Beatles, en estilo «politono» de teléfono móvil antiguo. García esperó pacientemente al teléfono mientras escuchaba cómo la tecnología moderna destrozaba un clásico.

—¿Xabier García? —dijo una voz al otro lado de la línea— ¿De verdad eres tú?

—El mismo que viste y calza. ¿Te sorprende que te llame?

—Hombre, considerando que siempre que me llamas es para pedirme que te busque algún dato raro que solo has visto tú, más que extrañeza lo que me provocas es miedo. Venga, sorpréndeme y dime que me llamas solo para felicitarme el cumpleaños.

—¿Acaso es hoy tu cumpleaños?

—No, pero podrías al menos dejar que conservara la esperanza, ¿no?

—Tan gracioso como siempre. Venga, déjate ya de chorradas y vamos al grano: recuerdas que me debes un favor, ¿verdad?

—¿Cuántas veces me vas a recordar eso? Creo que ya te di las gracias en su día, y puedo asegurarte que no fue fácil.

—Soy consciente de eso, pero también de que, textualmente, me dijiste: «estoy en deuda contigo. Si algún día necesitas un favor, no dudes en pedírmelo». No sé si fue por la emoción del momento o solo se te cruzó un cable, pero nunca he olvidado ese ofrecimiento y ahora necesito un gran favor.

—Sabía que algún día me lo recordarías, demasiado jugoso para que te resistieras. Sigo diciendo lo mismo que te dije después, que negaría haber dicho semejante cosa.

—No te preocupes, esto no es un asunto oficial, al menos de momento. Te lo estoy pidiendo como favor personal y, salvo que la Interpol grabe las conversaciones telefónicas de sus trabajadores, nadie tendría que enterarse de nada. Además, seguro que no es el primer favor que haces, ¿verdad?

—Verdad, pero yo no soy de los que hacen favores porque sí.

—En eso te creo, pero también creo que me debes más que un simple favor. Y tampoco te voy a pedir algo que difiera mucho de tu trabajo habitual.

—De acuerdo, déjalo ya, que lo voy a hacer, siempre que no sea complicado ni me distraiga excesivamente de mi trabajo actual.

—Había olvidado ya lo tiquismiquis que puedes llegar a ser. No te preocupes, que ya he tenido

en cuenta tu nivel de trabajo y no espero que me respondas ni en tres horas ni en tres días ¿Crees que podrás?

—Vale, me parece bien. ¿Qué es eso tan importante?

—Necesito que me consigas todos los datos de varios casos. Están relacionados con uno que estoy investigando, pero apenas tengo información, ya que son todos de fuera de España.

—Pues sí que era cierto que me ibas a pedir algo relacionado con mi trabajo habitual. Pero si lo que necesitas son datos sobre casos policiales, ¿por qué me pides un favor y no sigues los canales habituales?

—Bien, digamos que la investigación no es aún «oficial». El jefe me ha permitido cogerme unas vacaciones largas para dedicarme a investigar el caso en mi tiempo libre, siempre que no cause problemas ni dé mala imagen a la comisaría en particular o a la policía en general.

—¿Estás seguro de que esto no me traerá problemas?

—Yo estoy completamente seguro, pero si tú quieres estarlo también, comprendería si quisieras llamar a mi comisario para confirmar lo que te he dicho.

García colgó el teléfono y se acercó a la cocina con idea de picar algo mientras Llanada confirmaba su historia. Un buen rato después, sonó el teléfono de nuevo.

—Ha sido rápido —dijo García suponiendo que llamaba el agente Llanada—. ¿Te has quedado tranquilo?

—Más o menos —Llanada hizo una pausa—. Tu jefe me ha confirmado lo que me has dicho antes, y no ha dejado de insistir en que es una investigación no oficial.

—Bien, eso lo puedo entender, más que nada porque ya te lo he dicho yo. Ahora bien, ¿puedes aclararme por qué dices que estás más o menos tranquilo?

—Porque no tengo claro qué información puedo darte. Si fueras un simple civil, no te daría nada que no hubiera aparecido en los periódicos o en el telediario. Si fueras un civil con cargo público, como un alcalde, te daría algo más de información, pero no llegaría a entrar en los detalles más sensibles.

—Yo soy policía, igual que tú —interrumpió García, airado—, ¿cuál es la duda? No soy un simple civil.

—Sé que eres policía —respondió Llanada, también enfadado—, si no lo fueras ni siquiera estaría hablando contigo en términos de hacerte un favor. Pero no dejas de ser un policía de vacaciones, trabajando en un caso inexistente que ni su propio jefe cree real. En estos momentos, no tengo muy clara la diferencia entre un simple civil y tú.

—Vale, lo capto. ¿Acaso mi jefe te ha prohibido darme la información que busco?

—No exactamente. Resumiendo, se puede decir que me ha dicho que hagamos lo que nos dé la gana, mientras no causemos problemas, que él se lava las manos.

—El viejo comisario Menéndez —dijo García entre risas—, si por algo en la comisaría le llamamos «Pilatos». Bien, vamos a hacer una cosa, a ver qué te parece: entiendo que esto no es oficial, pero también que tengo una reputación que me avala.

—Eso también lo entiendo yo —interrumpió Llanada—, pero lo que tu jefe me ha dicho me ha hecho recordar que hay protocolos que no debemos ignorar. Todo dato que salga de aquí conlleva enviar un informe a mi inmediato superior. ¿Qué crees que le voy a decir para justificar que te envíe algo?

—No te preocupes por eso. Asumo toda la responsabilidad. Si alguien te pregunta o quiere impedir que me envíes lo que te pido, dile que hable conmigo. Estoy dispuesto a responsabilizarme de todo y responderé de ello ante quien me pregunte. ¿Te deja esto ya tranquilo definitivamente?

—De acuerdo, empezaré a moverlo lo antes posible. Como en todos los casos, conllevará algo de papeleo y dos o tres autorizaciones. Te recuerdo que tengo también otros casos en los que trabajar.

—Eso ya me lo has dicho antes. Te recuerdo yo lo mismo te he dicho: ya cuento con tus otras obligaciones, así que no hace falta que insistas. Lo único que necesito saber es si podrás darme alguna información en una semana.

—Si no me pides demasiada, creo que podré hacerlo. ¿Qué necesitas exactamente?

—Toda la información que me puedas conseguir de unos nueve o diez casos.

—Eso no es muy concreto que digamos. Si no son muy complejos ni son casos especialmente sensibles, no creo que haya problemas para tenerlo en una semana, sabes que soy rápido en mi trabajo. Tú mándame lo que tengas y te podré dar una fecha más concreta.

—Me parece bien. Durante la mañana, intentare enviarte lo que tengo por mensajero para que, como muy tarde, puedas disponer de ello mañana a primera hora.

—De acuerdo. Cuando sepa algo te llamaré al móvil. Total, paga la empresa.

García colgó e inmediatamente marcó el número del móvil de Marcos, aunque lo único que pudo hacer fue escuchar la grabación del buzón de voz de este. Supuso que estaría en la cabina de un tren y no tendría permitido distraerse con el móvil. Después de dudar unos segundos, decidió no dejar ningún mensaje; la llamada ya se registraría como perdida.

Al final de su jornada, Marcos repitió la escena de las prisas del día anterior nada más ver la llamada de García. Podría haberse limitado a sacar el móvil del bolsillo para llamarle, pero fue capaz de frenar sus impulsos en cuanto se dio cuenta de lo ridículo que hubiera quedado hablando con el móvil sobre casos policiales, pruebas y demás jerga, rodeado por sus compañeros. Salió a la calle lo más rápido que pudo, buscó un lugar apartado, sacó el móvil e hizo la llamada de inmediato. Después se sentiría un poco desilusionado, aunque no por las noticias, sino más bien por la brevedad de estas. García se limitó a explicarle lo que había estado hablando con Llanada y los plazos que él le había dado; la llamada duró lo justo y Marcos se sintió un poco avergonzado consigo mismo por haber salido tan precipitadamente para una llamada de unos escasos cinco minutos.

Tras la conversación, Marcos empezó a caminar hacia su casa, y cuando tenía la mitad del trayecto recorrido, decidió hacer un alto en el camino y entrar en una gran tienda de revistas de la que era cliente desde hacía muchos años. Buscaba una revista de coches o alguna de esas publicaciones para hombres, con mujeres de grandes pechos posando en la portada; en definitiva, cualquier cosa que pudiera leer tranquilamente y le permitiera dejar su mente en blanco.

Estaba ante un ejemplar del periódico inglés «The Guardian» del día anterior. Su inglés no estaba al nivel de un Shakespeare o un Lord Byron, pero sabía lo suficiente como para defenderse, al menos leyendo. En la primera página de aquel periódico, en una esquina, se hacía referencia a un hombre que se había vuelto loco en un pequeño pueblo escocés y había empezado a apedrear todos los taxis que iba encontrando a su paso. En la reseña, poco más de diez por diez centímetros, no profundizaban en la noticia, por lo que decidió que sería mejor echar un vistazo en las páginas interiores. Cogió el periódico con decisión, dispuesto a ir a la página tres, donde se desarrollaba la noticia, pero en cuanto vio la mirada de sospecha que le lanzó el empleado de la tienda, decidió que era mejor sacar del bolsillo el dinero que costaba ese periódico y comprarlo. En cuanto saliera de allí, buscaría el banco más cercano, donde tendría tiempo de sobra para leer sin que nadie le mirara mal o le llamara la atención.

Pocos minutos necesitó para confirmar, sin lugar a dudas, que la noticia tenía una relación más que casual con las otras que ya conocía. De nuevo, se juntaban los mismos detalles básicos: locura, destrucción injustificada y un tipo que estaba en un calabozo de la policía, sin decir ni palabra y completamente ido. Al parecer, salió de trabajar en una compañía de seguros, como cualquier otro día y, sin decir nada, empezó a correr por toda la ciudad llevando en la mano un saco lleno de piedras. Con ellas, pasó toda la tarde corriendo por diversas calles, mientras arremetía con todos los taxis. La policía fue avisada desde el primer ataque, pero pensaron que se trataba de una broma de mal gusto ideada por algún lunático, y eso permitió que llegara a destrozar seis vehículos. Para cuando le detuvieron, llevaba ya unas dos horas y media lanzando piedras. Como en los otros casos, dijo una sarta de frases incongruentes, tras lo que dejó de hablar.

Sin dudarle, Marcos sacó el móvil, llamó a García y empezó a contarle, palabra por palabra, lo que acababa de leer en el periódico. García le recriminó, en principio, que le llamara de nuevo tan pronto, cuando al día siguiente ya tendrían los datos de la Interpol, y le dijo que no debería sentirse sorprendido porque hubiera encontrado otro caso con características similares a los que ya conocían. Lo que a él sí le sorprendió fue que Marcos le preguntara cómo era posible que, tratándose de un caso sucedido solo dos días antes, su amigo de la Interpol ni siquiera lo hubiera mencionado. A García le ofendió ligeramente pensar que Llanada le hubiera podido ocultar datos deliberadamente, pero más le fastidió admitir que tendría que pedirle un nuevo favor a un tipo testarudo al que nunca le había caído bien.

García estaba de verdad contrariado. Le gustaba la idea de tener más material, sobre todo si era tan reciente como el que Marcos le había comentado, pero ya se había hecho a la idea de descansar un poco. Al final hizo de tripas corazón y decidió que la mejor opción era acercarse por la casa de Marcos, llevarse el periódico que este le había comentado, recortar la noticia del destructor de taxis y añadirla al resto de papeles; sacó el móvil, llamó a Marcos y en menos de media hora ya tenía en su poder el recorte de periódico.

A la mañana siguiente, un mensajero llegó, a las 8:30 de la mañana en punto, a la sede de la Interpol en Madrid. Gerardo Llanada no se había incorporado aún a su puesto de trabajo —entraba a las 9:00—, pero el paquete, como el encargado de la mensajería había prometido, llegó puntal.

Llanada conocía de oídas el caso de aquel recorte de periódico, pero sabía también que nadie le estaba prestando excesiva atención; todo el mundo pensaba que solo se trataba de un pobre desgraciado al que se le habían cruzado los cables. Había un equipo investigándolo, pero no esperaban llegar a ninguna conclusión. En cuanto vio el resto de casos, prácticamente idénticos y acaecidos en lugares del mundo bastante distantes entre sí, estuvo a punto de hablar con alguno de sus superiores, pero prefirió aguantar y esperar a ver qué otra información podía conseguir. Era consciente de que aquel que averiguara la auténtica conexión entre esos casos y los resolviera, se haría muy famoso, y seguro que sus colaboradores se verían también recompensados. Por desgracia, él no podía ocuparse personalmente de la investigación. Su experiencia en el trabajo de campo era muy limitada y en más ocasiones de las que deseaba le había podido costar un disgusto, como el caso por el que literalmente le debía la vida a Xabier García.

Habían pasado ya tres años, pero todavía lo recordaba de vez en cuando. Se trataba de un caso teóricamente fácil, para el que se suponía que no era necesario el uso de la fuerza. La comisaría de García estaba siguiendo el caso de alguien, aún no sabían si uno o varios individuos, que había estado timando, vía Internet, a cerca de un millar de personas, que picaron ante la trampa de un correo electrónico que aparentaba proceder de un conocido banco. Tanto el correo como la página web con la que enlazaba resultaron ser falsos.

En aquella época, él acababa de regresar de un curso de una semana sobre la lucha contra los delitos informáticos y fue la elección más lógica para colaborar en ese caso. Hasta el momento, su experiencia de campo se había reducido a echar un vistazo a la escena de un crimen dos o tres veces, siempre después de que sus compañeros ya hubieran revisado todo y asegurado la zona. Aun así, mostró un gran interés en el caso y ninguno de sus superiores se opuso, habida cuenta de que era sencillo, obra de criminales de «guante blanco».

La investigación, cuya parte más importante fue asignada a Xabier García, fue rápida, gracias a los nuevos conocimientos de Llanada y a que el «pirata» informático implicado —al final, era una única persona— era un novato en esas lindes. Por lo visto, había aprendido lo poco que sabía en la cárcel, gracias a clases de informática y a un compañero de celda que estaba allí por haberse pasado de listo con un ordenador. Cometió tantos errores y dejó tantas pistas claras, que les fue muy fácil dar con él.

Como era un caso fácil y todo parecía estar resuelto, Llanada insistió mucho en estar presente durante la detención. No quería apuntarse el tanto él solo, aunque su trabajo había sido determinante. Después de tanto tiempo pegado a un ordenador en un cubículo, quería, por una vez, vivir más de cerca el trabajo de campo. García se negó a que le acompañara, prohibiéndole expresamente aparecer por la casa del delincuente.

Siguiendo criterios de profesionalidad y experiencia, García se fue con un agente más curtido, que había trabajado siempre en la calle. Pero incluso con la experiencia de ambos y los muchos casos que llevaban a sus espaldas, aquel agente moriría esa tarde. El pirata les recibió portando una sonrisa en los labios y una pistola de gran calibre. La desgracia llegó cuando una bala rebotada, que en principio

parecía estar dirigida a García, acertó al otro agente en pleno corazón, tras lo que murió en el acto. En cuanto supo lo sucedido, Llanada tuvo que admitir que la rotunda negativa de García a aceptar su presencia ese día le había salvado la vida de forma indirecta. No sabía si los hechos hubieran cambiado de alguna manera por estar él ahí, pero era evidente que alguna bala se habría intercambiado, y él solo había usado armas de fuego en la academia de policía.

Con semejantes antecedentes, tenía claro que el trabajo de campo era cosa de otros. Él se encargaría de buscar datos, cotejar y contrastar pruebas y, en definitiva, las tareas tradicionalmente asignadas a un analista de datos.

Con suerte, la resolución de esa maraña de casos le supondría un ascenso, y tal vez pudiera ganarse el derecho a elegir su puesto de trabajo y puede que incluso su destino. Llevaba ya años soñando con pedir un traslado a las Islas Canarias, lugar de sus sueños desde que tenía uso de razón. Ante la posibilidad de semejante premio, no le importaba estar un tiempo a la sombra de Xabier García.

No descuidó su trabajo habitual, lo que al final le llevó a tener que quedarse fuera de su horario laboral y llevar algo de trabajo a casa. El fin de semana estaba cerca y vivía solo desde su divorcio dos años antes; no pasaba nada si decidía no salir. Hacía ya tiempo que la Interpol había instalado un complejo sistema informático que permitía a cualquier agente o analista trabajar a distancia si lo deseaba, y él podría usarlo sin problemas durante el fin de semana. Su único problema sería que no iba a poder pedir que le pagaran horas extra por investigar algo que ni era oficial, ni había sido solicitado por alguien con suficiente autoridad. Tal vez pudiera pedir las horas, o alguien se las reconocería, cuando el caso estuviese resuelto.

Ignoró todas las llamadas no urgentes que recibió en el trabajo y todas las recibidas en casa, excepto las de su madre. Hacía ya tiempo que sus amigos le consideraban un bicho raro adicto al trabajo, y, por tanto, a ninguno de ellos le sorprendería que no diera señales de vida un sábado por la noche. No sería la primera vez que se quedara en casa, bien trabajando o bien viendo grabaciones de «C.S.I.», su serie de televisión favorita. Con ese esfuerzo extra, espoleado por la posibilidad de formar parte de un caso grande, logró reunir suficientes datos, los cuales confirmaban punto por punto las sospechas de García. Nada más terminar con el último caso, cogió el móvil y llamó a este, pese a ser sábado y casi medianoche.

—¿Quién es? —preguntó García, con voz somnolienta. Parecía que alguien le había despertado.

—Hola, soy yo, Gerardo Llanada. Siento llamar tan tarde. No te habré despertado, ¿verdad?

—Tranquilo, solo me he quedado un poco traspuesto viendo una peli mala en la tele. Pero, de todos modos, ¿tú has visto la hora que es? Pero si casi es domingo. ¿Es que tú no duermes?

—Bueno, de vez en cuando, si el trabajo me lo permite. Aunque he de reconocer que en mi trabajo, saber que nunca van a intentar pegarte un tiro por la espalda ayuda a dormir bastante mejor. Y el sueldo también ayuda un poco.

—Vale, cojonudo, pero no me digas que me has llamado para contarme que duermes mejor que yo y que te pagan más sin tener que jugarte el culo.

—No, llamaba para decirte que tengo ya los datos que me pediste. El lunes a primera hora te los mandaré.

—¿Tan rápido? No esperaba noticias tuyas hasta el martes o el miércoles, por lo menos. ¿Cómo es que lo has conseguido tan pronto?

—Digamos que era un trabajo muy interesante. Pero no creas que te va a salir gratis. Si esto te va a reportar fama y fortuna, o incluso un ascenso, quiero una parte del botín. Como suele decir mi padre: «aquí, o jugamos todos o pinchamos el balón».

—No tenía claro cuándo —dijo García en tono sarcástico—, pero sabía que algún día me ibas a pedir algo como eso. Bueno, supongo que es justo, pero espero que tú también consideres justo lo que te voy a pedir. Es lo que tenía pensado pedirte desde que me di cuenta de que algún día querrías algo más.

—Bien, ¿y qué es eso que quieres?

—Quiero que sigas siendo mi colaborador durante la investigación. Sé que tienes mucho trabajo, y no voy a entrar en discusiones. Solo quiero que estés todo lo disponible que puedas cuando te necesite. Si, como dices, quieres una parte del botín, tendrás que ganártela. Si yo tengo que meter horas en el caso, espero que todo aquel que trabaje conmigo esté a la altura.

—De acuerdo, tío duro, me parece bien. Además, seguro que vas a necesitar mi ayuda. Eso de ir de investigador solitario exige mucho trabajo.

—No te preocupes, tengo un amigo que me va a echar una manita con el trabajo de campo. Me hará las tareas más sucias, ya sabes, esas que siempre encargamos a los novatos. Además, así no tendrás que ensuciarte las manos, que nunca ha sido lo tuyo.

—¿Hace falta que me recuerdes eso una y otra vez?

—Tranquilo, no era mi intención ofenderte. Si vamos a trabajar juntos, aunque sea en la distancia, creo que lo mejor será que tratemos de llevarnos bien, o que al menos finjamos que podemos hacerlo, ¿vale?

—Vale. Ahora cambiemos de tema: el lunes a primera hora me encargaré personalmente de que te lleguen los papeles que tengo para ti, a menos que tengas acceso a un ordenador, en cuyo caso te los podría mandar ahora mismo.

—Acceso, lo que se dice acceso, sí que tengo, pero no nos será muy útil. Me sirve para navegar en Internet y hacer cuatro «chorradillas» más, pero mi ordenador es más o menos del jurásico y tampoco tiene mucho espacio.

—No te preocupes, creo que puedo colarlo como envío oficial. Con un poquito de suerte, tal vez incluso pueda lograr que te lo dejen en tu propia casa. Servicio a domicilio.

—No me parece buena idea, sabes que esto no es una investigación oficial. A ninguno de nuestros jefes le gustaría la idea de que malgastemos recursos policiales.

—Tranquilo, no eres el único al que le deben favores. Tengo amigos a los que puedo recurrir. Tú no te preocupes. Además, estoy suficientemente bien situado aquí como para que, en caso de que me

pillaran, solo me llevara un tirón de orejas. Supongo que si las cosas fueran a peor siempre podría acudir a tu jefe, ¿no?

—Supongo que sí. No le hizo demasiada gracia que me quisiera meter a lo loco en un este caso, pero creo que me respaldaría en caso de ser necesario.

—A mí me vale. El lunes a la mañana pondré en movimiento los papeles. Con lo rápida que va la documentación interna no me extrañaría que los tuvieras a última hora de la tarde.

García colgó e inmediatamente sintió la necesidad de llamar a Marcos, pero cuando vio que ya eran más de las doce, cambió llamada por mensaje. Aparte de eso, tenía ya algo de sueño, y no le apetecía meterse en conversaciones. Mandó un escueto: «El lunes tengo los papeles. Te llamaré por la noche», y se fue a la cama con unas tremendas ganas de que llegara ya ese día. Estaba de vacaciones y sabía que debía descansar, pero un caso tan interesante hacía que eso no importara. Ya descansaría cuando se ganara un ascenso y le pusieran de alto cargo en otra comisaría.

Marcos no llegó a ver el mensaje en esos momentos, debido a que estaba ya profundamente dormido y, como era costumbre en él cuando no salía, había apagado el móvil. Tenía un amigo que cuando se emborrachaba tendía a perderse, y al final siempre acababa llamando a su móvil. No le importaba que lo hiciera si estaba en la calle, pero ya le había despertado más de dos o tres veces un domingo a las 5:00 o las 6:00. Desde entonces, había aprendido a apagar el móvil por la noche. Si alguien tenía que llamarle para algo urgente o grave y no le encontraba en el móvil, que le llamara al fijo, que para eso lo tenía.

Lo vio a la mañana siguiente cuando se levantó, a eso de las 9:00, para hacer algo de *footing* antes de desayunar. Durante unos minutos, se quedó casi paralizado, sin mucha idea de qué hacer, y sin demasiadas ganas de salir a correr. Al final, cambió el ejercicio por un mensaje de móvil. Todavía era muy pronto para llamar por teléfono, más siendo domingo, pero necesitaba contactar cuanto antes con su supervisor. Era consciente de que no podía llamar y pedirle coger vacaciones al día siguiente, pero esperaba que le dejara libre a partir del miércoles o el jueves. Suponía que García necesitaría unos días para estudiar los papeles de su amigo de la Interpol, lo que le dejaría a él con tiempo para que se reorganizaran los turnos sin causar perjuicios a nadie. Por el momento, se limitó a mandar un simple y conciso «llámame» sin entrar en detalles.

La llamada del supervisor tardó dos horas en llegar.

—Buenos días, Gaizka.

—Buenos días, chaval, ¿qué es eso tan urgente?

—Bueno, yo no he dicho que fuera urgente.

—Mira, creo recordar que la última vez que me llamaste un domingo por la mañana fue hace dos años, porque querías coger libre el jueves y el viernes de la semana siguiente para irte a no sé qué concierto en no sé qué pueblo.

Marcos se quedó sin habla. Ya había olvidado aquella historia, que era totalmente cierta. Dos años antes, un amigo le había informado de un concierto que uno de sus grupos musicales favoritos iba a

ofrecer. La mala noticia era que el concierto se celebraba a varios cientos de kilómetros en jueves y que las entradas estaban agotadas. Su amigo ya tenía la suya, pero se habían enterado tarde, a pesar de que quedaban dos meses para el concierto. Era el único concierto de ese grupo en España y gente de todo el país se agolpó en tiendas, tanto físicas como virtuales, haciendo que las entradas volaran en menos de dos horas.

Cuando ya solo quedaban unos pocos días para el concierto, Marcos entró por curiosidad en una página de subastas en Internet, en cuya portada descubrió, con gran alborozo, que alguien había decidido subastar su entrada. Y para mayor gozo suyo, estaba en San Sebastián. Tuvo que pagar trescientos euros por algo que inicialmente costaba menos de cincuenta, pero no le importó. No había perdido la esperanza en ningún momento y llevaba tiempo ahorrando por si tenía que hacerse con una entrada en la reventa, gracias a lo que el abultado gasto no le dolió tanto. Lo que sí le dolió fue el tener que buscar —a la desesperada— una manera de hacer que su jefe le dejara coger dos días de fiesta con menos de una semana de aviso. Le costó sangre, sudor, lágrimas y prometer que no lo volvería a hacer. Ese recuerdo era precisamente lo que acababa de dejarle sin palabras.

—Bueno, ¿qué es ahora? ¿Otro concierto? ¿La boda de tu prima la fea?

—Oye, ¿tú qué sabes de mi prima?

—Solo lo que tú me cuentas. Venga, dime lo que sea, que para un día que puedo desayunar tranquilamente, a este paso se me van a echar a perder los churros.

—Vale, necesito un favorcito.

—Vaya, creía que la vez aquella del concierto me prometiste que nunca jamás me pedirías otro «favorcito». Dime, ¿ya has empezado con el Alzheimer?

—Venga, dame un poco de cancha. Por lo menos deja que te diga qué es y después decides tú: lo que quiero saber es si podría coger ya mi mes de vacaciones. No hace falta que sea mañana ni el martes o el miércoles, pero me gustaría saber si podrías arreglarlo para que las coja antes del fin de semana. Me han ofrecido un viaje muy interesante, y debo irme antes del viernes. Me avisaron anoche con un mensaje al móvil mientras dormía, y te he mandado el mensaje para que me llamas justo en cuanto lo he visto. Bien, ¿habría algún problema?

—Por mí como si quieres irte de viaje a la Luna. ¿A ti nadie te enseñó que hay que avisar a la gente con más tiempo?

—Lo siento, yo te he avisado lo antes posible, tampoco podía hacer mucho más.

—Me encanta lo fácil que es picarte y que te pongas nervioso. Te salva que eres uno de los mejores y que trabajas más que nadie que, si no, te mandarían a la porra, por no decir otra cosa. No debería haber problemas. Dame por lo menos hasta el martes para que pueda preparar los nuevos turnos. Creo que podré tenerlo todo listo para antes de que salgas de trabajar. Si lo encajo todo, estarás libre a partir del miércoles. ¿Contento?

—Mucho. Te debo una. Si algún día necesitas un favor, ya sabes dónde estoy.

—Bueno, el mes que viene mi prima viene a la ciudad.

—¿Tu prima? ¿Esa que es más fea incluso que la mía, que ya es casi imposible? He dicho un favor, pero no un milagro. No te pases, que todo tiene un límite.

—Había que intentarlo. Venga, nos vemos mañana, que se me enfría el desayuno.

Para los tres, Marcos, García y Llanada, el domingo pasó sin pena ni gloria. Ninguno de ellos era capaz de concentrarse en sus quehaceres. Como si fueran trillizos de esos que dicen estar «mágicamente» sincronizados, optaron por dedicarse a ver la televisión, tarea que no requería ningún esfuerzo extra por su parte. El único que trabajó algo esa tarde fue Gaizka Mendia, el jefe de Marcos.